



EL CRISTAL NEGRO

Marianna Nessi

EL CRISTAL NEGRO



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marianna Nessi

ISBN: 978-84-10082-94-6

ISBN digital: 978-84-10082-95-3

Depósito legal: M-5609-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi tía Zulay que, desde el cielo,
me acompañó en la creación de esta aventura fantástica.*

Bajo el lienzo del cielo azul, solo el susurro constante de los vientos mecía las copas de los imponentes árboles que cubrían los recovecos de la selva de Saboo. El viento, portador de secretos, tejía susurros a través de las hojas verdes y frondosas, como si tratara de advertir a los nativos de algo oscuro que se cernía sobre las tierras del sur. Nahuel, con los brazos abiertos y la mirada alzada hacia el firmamento, intentaba descifrar los misteriosos mensajes que el viento le traía. «No entiendo del todo lo que los dioses intentan decirnos», meditaba en silencio, «pero siento en el aire la amenaza de un futuro sombrío. Debo advertir a la tribu».

Mientras tanto, en la región de los wapem, una tribu de seres salvajes que habitaban en el sur del reino de Noriah, la paz y la alegría se extendían como un regalo de la naturaleza. Los wapem, semidesnudos y sin atisbo de pudor, se movían entre los matorrales, sin sentir la sombra de la vergüenza, pues para ellos, la desnudez era un tributo a la creación de los dioses.

A pesar de su naturaleza indómita, algunos miembros de la tribu optaban por cubrir sus partes íntimas con trozos de tela o tejidos de raíces finas de plantas, aunque esto no menguaba la sensación de unidad y hermandad que inundaba la celebración. La ocasión para la festividad era el descubrimiento de nuevas gemas preciosas en las profundidades de las Cuevas de la Cascada Celestial. Sabían que este hallazgo auguraba una era de prosperidad tanto para ellos como para toda Noriah, y su gratitud hacia los dioses se manifestaba en cada gesto y acto de celebración.

Los wapem eran un pueblo agradecido por cada don que recibían de sus divinidades, y cualquier excusa se convertía en motivo

de júbilo. La alegría se expresaba a través de danzas al ritmo de la música sabooiana, baños en las cristalinas aguas de la Cascada Celestial y la narración de las legendarias *Historias de Saboo* por un anciano de la tribu. A la luz titilante de las antorchas, que arrojaban sombras misteriosas sobre las ramas manipuladas por el ingenioso Canek, las leyendas cobraban vida, cautivando a jóvenes y mayores por igual. El ambiente, teñido de sombras y misterio, transformaba las historias en experiencias vívidas y asombrosas, dejando que la magia de la narración fluyera en medio de la celebración. En la cercanía, la Cascada Celestial desplegaba su esplendor, el agua cristalina caía en cascadas plateadas, creando un espectáculo de frescura y vitalidad que atraía las miradas de todos. La luz de la luna acariciaba las gotas de agua, haciendo que centellearan como diamantes en el aire antes de fundirse con el río que fluía con gracia.

Niños correteaban entre los adultos, sus risas y sonrisas iluminaban la celebración como luciérnagas en la noche. Sus cabellos alborotados por el viento parecían danzar al ritmo de la alegría que inundaba el lugar. Cada gesto de los presentes irradiaba gratitud hacia los dioses, desde los bañistas que se sumergían en las aguas refrescantes hasta los danzantes que se movían al son de la música ancestral.

La tierra de los wapem, en ese momento de festividad y comunión con la naturaleza, parecía resonar en armonía con el latido del corazón de la tribu. En el horizonte, las Cuevas de la Cascada Celestial se ocultaban tras el velo de agua de la cascada, un tesoro que simbolizaba la promesa de prosperidad y unidad para los wapem y todo Noriah.

Nahuel se acercó a Tupaq, el jefe de la tribu, quien observaba con satisfacción los eventos en las cercanías de la cascada.

—Los dioses tratan de advertirnos de un peligro —dijo Nahuel.

Tupaq, sin apartar la mirada de lo que lo entretenía, preguntó:

—¿Por qué lo dices?

—El viento... —respondió Nahuel.

—Sí... —contestó el jefe, como si preguntara qué tenía que ver el viento.

—El viento inquieto viene del norte de manera abrupta y violenta. Intenta decirnos algo, estoy más que seguro.

Tupaq expresó su incredulidad:

—¡Bah, Nahuel! Debes practicar más el lenguaje de la naturaleza. Ven, siéntate.

Tupaq se sentó junto a su hermano menor en un gesto de afecto y comprensión, buscando calmar las preocupaciones de Nahuel. Ambos compartían una conexión profunda con los espíritus naturales que habitaban su tierra ancestral, entendían que los sonidos de la naturaleza eran como un lenguaje misterioso que les revelaba sus necesidades y deseos, y que debían escuchar atentamente.

Tupaq alentaba a Nahuel a encontrar la serenidad en medio de su ansiedad inherente. Le recordaba las lecciones de paciencia que la vida les había enseñado a lo largo de los años y le aconsejaba disfrutar del festín que se extendía a su alrededor. «Los jóvenes como tú a veces quieren correr antes de caminar», le decía con una sonrisa afectuosa. Lo invitaba a observar detenidamente el entorno mientras avanzaban lentamente por los senderos que cruzaban la celebración. Sin embargo, Nahuel luchaba por silenciar sus temores internos. A pesar de sus esfuerzos por aparentar calma, su cabeza giraba de un lado a otro, siempre alerta a cualquier señal de peligro que pudiera vislumbrar en el horizonte.

—Milord, se cree que el cristal se encuentra en algún lugar cerca de la cascada —informó un guardia rojo a Taiwen Haus, la mano derecha del rey Konrak I de Dullahan, mientras observaban desde una loma a lo lejos, escrutando detenidamente la celebración de los wapem.

Taiwen Haus, jefe de la Guardia Real roja y conocido por su implacable determinación, respondió con voz firme:

—Cualquier nativo que se niegue a revelar la ubicación del cristal, no sobrevivirá para contarlo.

El rey Konrak, quien se encontraba postrado sobre su caballo al lado izquierdo de Taiwen Haus, alargó su brazo indicando la orden de ataque al arquero principal, quien no escatimó en realizar

su movimiento balístico. La flecha de hierro hizo su recorrido por el aire y recayó en el pecho de Canek, el chico ingenioso, justo en el momento en que se encontraba haciendo uno de sus trucos al tratar de desaparecer una roca con efectos explosivos hechos con pólvora azul. Lo que el público no se esperaba era que el infortunado cayera de largo en el suelo exhalando su último aliento.

Los aterradores gritos de terror resonaron y se propagaron velozmente, sumiendo a toda la pacífica población en un estado de alarma instantáneo. El caos y el pánico se adueñaron de aquel rincón apacible. Hombres, mujeres y niños, presos de la desesperación, corrían de un lado a otro sin entender la naturaleza de la amenaza que se cernía sobre ellos. Los invasores rojos no mostraron misericordia ni compasión alguna. No perdían tiempo en indagar sobre el paradero del cristal; más bien, parecía que habían llegado a Saboo con la única intención de sembrar el terror, mutilando cuerpos y dejando tras de sí un escenario de caos y destrucción. Tales eran las cruentas consecuencias de los conflictos en aquel tiempo: una carnicería desenfrenada que no dejaba lugar para la piedad.

El ejército de los wapem, aunque escaso en número en comparación con el enemigo, no se demoró en formar sus filas y lanzarse a la defensa de su pueblo. La embestida inesperada había sorprendido a todos, pero la valentía de los wapem no tardó en manifestarse.

Tupaq, el jefe wapem, no podía apartar la mirada de la espantosa escena ante sus ojos. Se encontraba paralizado por el horror que se desplegaba ante él: cuerpos mutilados, hogares consumidos por las llamas, soldados rojos cometiendo actos de crueldad inenarrable. Niños siendo colgados de los árboles con sogas en sus cuellos mientras sus padres imploraban clemencia, mujeres indefensas atadas de manos y pies, víctimas de violencia atroz... El cacique se sentía abrumado por la magnitud de la masacre. ¿Cómo podía ser que unas piedras preciosas fueran la causa de tanta destrucción y crueldad?

Los soldados rojos, en su búsqueda frenética del cristal negro, no obtenían respuesta alguna de los aterrados pobladores, quienes, en realidad, no sabían nada sobre su paradero. Sin embargo, la obstinación de los invasores los cegaba ante la verdad, y estaban decididos a encontrar el cristal a cualquier costo.

Nahuel, el hermano menor de Tupaq había sido capturado, y el comandante Haus lo usó como rehén para hacer hablar al jefe de los wapem sobre el paradero del cristal Waianés.

—Vamos, Tupaq, decid de una vez dónde está el cristal —bramó Taiwen Haus mientras amenazaba con un puñal el gaxnate de Nahuel.

Tupaq no podía dejar de pensar que su hermano tenía razón al decir que se acercaba el peligro. «¿Por qué no le hice caso a Nahuel?», pensó con lamento. Era inevitable que la culpa no invadiera su espíritu, no solo por la intimidación a la que estaba sometido su hermano, sino por la masacre que estaba sufriendo toda la población.

—Soltadlo —replicó Tupaq a todo pulmón—. No hay existencia de ningún cristal en estas tierras sagradas. Solo piedras preciosas han sido descubiertas, pero jamás el Waianés. Konrak —suplicó Tupaq al rey rojo—, te pido que retires a tu tropa, estás cometiendo un grave error.

Un conflicto interno atormentaba a Konrak en ese momento. A pesar de todas las muertes y la violencia, una parte de él creía en las palabras de Tupaq. Después de tanto sufrimiento, el líder de los wapem habría revelado la ubicación del supuesto cristal si lo supiera. La evidencia apuntaba a que no existía ningún diamante en Saboo.

El rey estuvo a punto de dar el orden de liberar a Nahuel cuando Tupaq, agobiado por la desesperación y el remordimiento, se aproximó al comandante Haus. Pero en lugar de escuchar a Tupaq, el comandante empujó a un lado a Nahuel y asestó un puñalazo certero en el centro del vientre de Tupaq. El líder de los wapem cayó al suelo, sus últimas palabras resonaron en el aire: «No tene-

mos ningún cristal». Con esas palabras, Tupaq dejó este mundo.

La escena era desgarradora. La duda que había atormentado a Konrak se desvaneció en un instante, y fue reemplazada por un sentimiento de profundo pesar y culpa. La muerte de Tupaq era la cruel confirmación de que habían cometido una atrocidad sin sentido.

Nahuel, el hermano menor de Tupaq, abrazaba el cuerpo sin vida de su hermano con desesperación. Las lágrimas bañaban su rostro mientras sollozaba en silencio. La sangre de Tupaq manchaba la tierra sagrada de Saboo, y su muerte dejaba un vacío inmenso en el corazón de su pueblo.

Konrak finalmente dio el orden de retirada a sus tropas, pero no podía borrar de su mente la imagen de la masacre que había presenciado. El orgullo que lo había impulsado a cometer semejante atrocidad se desmoronó ante la magnitud de la tragedia. Saboo, una tierra antes llena de vida y alegría, se había convertido en un lugar marcado por la muerte y la desolación.

La masacre de Saboo quedó grabada en la historia como la Batalla de la Cascada de Sangre, un nombre que reflejaba la horrorosa realidad que se había vivido a los pies de la Cueva de la Cascada Celestial. Esta tragedia se convertiría en el sombrío legado de una era oscura y sanguinaria, recordada no solo por la magnitud de la carnicería, sino también por las atrocidades que los invasores rojos habían cometido, sin ninguna justificación aparente.

El terrible conflicto dejó cicatrices profundas en el alma de Saboo y de todos los que habían presenciado el horror. Los testimonios escritos por los eruditos en sus antiguos libros narraban que, a partir de ese sombrío episodio, el rey Konrak, quien había liderado la incursión implacable, ya nunca sería el mismo. La sombra de la culpa y la tristeza lo atormentaron durante el resto de su reinado. Sin embargo, en medio de la oscuridad que se había cernido sobre las tierras del este del continente austral, un rayo de esperanza comenzó a brillar débilmente.

1

El origen

En los anales de la antigüedad, se relata una leyenda que remonta al amanecer de la creación, una noche de esplendor donde los mismos dioses se reunieron para festejar el nacimiento, o, mejor dicho, el bautizo de la creación más asombrosa jamás concebida. Los seres celestiales, embriagados de alegría, alzaron sus copas de metal dorado con tal entusiasmo que el líquido de colores se desbordaba, formando charcos en el suelo divino. Las risas resonaban alegremente, y los abrazos entre los dioses estaban llenos de orgullo y emoción. Finalmente, había llegado el día más anhelado: el nacimiento del mundo.

Este evento trascendental marcó el inicio de un universo repleto de maravillas y misterios, donde los dioses forjarían la Tierra con su sabiduría y poder. Desde aquel día, la creación floreció con la belleza de mil soles, y los seres divinos observaron con asombro cómo la vida se entrelazaba con la naturaleza en un baile eterno. La leyenda habla de esa noche con reverencia, recordando cómo la Tierra se convirtió en un regalo invaluable para todas las criaturas que la habitarían en el futuro.

Al principio, cuando la existencia aún estaba en su infancia, todo se sumía en un abrazo profundo de vacío. Era una extensión interminable de desolación, donde el silencio mismo parecía un eco sepulcral, un lamento atronador que se entrelazaba con los aullidos solitarios de los vientos, como suspiros solitarios en medio

de la vastedad estéril. La Tierra, en su recién estrenada soledad, se extendía como un lienzo en blanco, un abismo insondable de desolación. En este oscuro escenario, clamaba con ansias ser poblada, anhelando desesperadamente el toque redentor de la vida que podría darle sentido y propósito. Era como si el universo mismo sostuviera la respiración, esperando el nacimiento de algo asombroso.

Fue entonces cuando los dioses crearon los Cristales del Poder. Estas magníficas gemas, con sus coronas anchas, cuerpos largos y culatas finas, poseían una belleza y un brillo cegadores que iluminaron cada rincón de los cinco reinos que surgirían en el continente austral. Cinco cristales, cada uno dotado con un tipo único de energía, se convirtieron en los tesoros más preciados de la Tierra, regalos divinos de los dioses que representaban la esencia de la creación. Cada uno de estos Cristales del Poder emanaba un brillo distintivo, un faro de esperanza en medio de la oscuridad primigenia.

El cristal verde, conocido como Fasra, personificaba la esencia misma de la vegetación. Este tesoro invaluable descansaba en el reino del norte, otorgándole el don de la exuberancia y la vitalidad. Al adentrarse en sus extensas llanuras, era como si hubieras cruzado las puertas hacia una tierra recién nacida, un lugar que evocaba la frescura de un mundo verde y virgen. Las colinas, cubiertas en un manto esmeralda reluciente, se ondulaban con elegancia bajo la caricia de los vientos vigorizantes, que llevaban consigo el aroma embriagador de la hierba silvestre. Era un reino donde el perfume de la vida misma, fresco y vivaz, impregnaba el aire, un lugar donde la promesa de cosechas abundantes flotaba en cada brisa que acariciaba la tierra.

El cristal amarillo, conocido como Ouro, confería a los habitantes del reino del oeste medio un poder inigualable, sumiéndolos en una esencia de lujo y opulencia que irradiaba por todos sus dominios. Las gemas relucían con un esplendor deslumbrante, no solo en las profundas y húmedas grutas que yacían bajo la tierra, sino

también bajo cada roca en la que decidieras posarte para contemplar, desde los escarpados acantilados, cómo el inmenso bosque del distante este se desplegaba ante tus ojos. Era como si la misma Tierra, con reverencia, rindiera homenaje a la riqueza dorada que emanaba del cristal Ouro, transformando cada rincón de este próspero reino en un paraíso de brillo y majestuosidad. El oro, además de ser el tesoro de Ouro, fluía como un río en sus corrientes más ricas, bañando la tierra en riquezas incontables y regalando a su gente una vida de lujos y comodidades que solo podían ser comparados con los sueños más extravagantes.

El cristal azul, bautizado como Anfítrite en honor a la reina de los mares, encarnaba la vastedad y el misterio del océano. Tres Islas conformaban el reino marino del sur, un paraíso sumergido en el esplendor del agua. Sumergirse en sus profundidades era como embarcarse en una aventura sin fin, un viaje de maravillas inexploradas. La inmensa paleta de colores formada por los peces de todos los tamaños y tonalidades te envolvía, creando un espectáculo vivo y cambiante. Las Bubble Houses, con sus burbujas de cristal que parecían flotar en la inmensidad del océano, ofrecían refugio y confort a los habitantes de este reino acuático. Las profundidades del mar albergaban misterios que solo los más valientes se aventuraban a descubrir, y cada inmersión prometía una nueva y emocionante revelación. Era un mundo sumergido en el esplendor, donde la vida fluía en armonía con las corrientes marinas, y el reino de Anfítrite brillaba como una joya en el corazón del océano.

Sila, el cristal rojo, otorgaba poder al reino más grande del mundo. El norte, donde moraban los seres benevolentes, era un territorio de paz y contemplación. Sus tierras se extendían por vastos territorios de altos picos helados, donde la tranquilidad era interrumpida solo por el suave susurro del viento y el murmullo de arroyos cristalinos. La meditación y la conexión con la naturaleza eran prácticas comunes en esta tierra, donde cada rincón irradiaba serenidad.

En contraste, el sur, habitado por la realeza y envuelto en una atmósfera más oscura y tenebrosa, era el dominio del mal. Aquí,

los extensos terrenos rocosos y la vegetación árida se extendían bajo un cielo perpetuamente encapotado. Las montañas se alzaban como guardianes sombríos, y la tierra parecía sedienta de luz y vida. Era un lugar donde las tinieblas acechaban en cada rincón y la maldad se ocultaba en las sombras. Dos mundos opuestos, unificados por la presencia de los cristales, pero separados por la esencia misma de su ser.

Por último, crearon el cristal negro: el Gran Waianés. Esta piedra preciosa se erguía como el corazón mismo de la creación. El reino del oeste era el custodio de esta poderosa joya, cuyo resplandor superaba la luminosidad de una noche estrellada en plena lluvia de meteoros. Su brillo, profundo como la noche sin fin, irradiaba un poder incalculable.

El pueblo de este reino gozaría de todas las bendiciones reunidas de los demás cristales, como si poseyeran el mismísimo secreto del universo en sus manos. No tendrían necesidad de buscar nada más allá de sus fronteras, pues tenían en su posesión la esencia misma de la vida y el poder que alimentaba la existencia en todo el mundo que acababan de crear. Era el legado más grande y preciado que los dioses les otorgaron, una joya que simbolizaba la totalidad y la plenitud de su mundo.

Pasaron muchas lunas y la Tierra fue cogiendo vida natural. Se formaron inmensos océanos de aguas cálidas y heladas, mares revueltos por la intensidad del viento de levante y otros en calma invitando a la paz de su silencio; los ríos se paseaban a través de los más frondosos paisajes verdes de las colinas y montañas calmando su sed y nutriendo sus sabanas; los árboles fortalecían sus raíces y empezaban a florecer. Frutas silvestres de vivos colores caían de las ramas de los arbustos. Los animales del bosque se reproducían por doquier. El mundo se preparaba para ser habitado.

Los grandes señores del firmamento se unieron de nuevo para, esta vez, dar vida a sus súbditos.

El primer lugar que vio nacer a sus hijos fue Noriah: el reino del oeste del continente, poseedor del cristal negro. Hacer primo-

génitos a los noriahnos no fue una decisión fácil. Sin embargo, al ser esta la región que disponía de todos los recursos naturales necesarios para supervivir, las dudas se esclarecieron.

Cientos de soles amanecieron y otros tantos se ocultaron hasta que los dioses dieron vida en las tierras verdes del norte de la península donde yacía el cristal verde. Cobraron alma los mágicos highlandeses. Estos seres de luz habitaban Emerald Highland. Grandiosos poderes y vida eterna tenían los moradores de esta extensa sabana esmeralda.

En una estación calurosa y de buen tiempo, bajo un cielo despejado de nubes y sol radiante, nacieron los lomharianos, dueños del reino de Lomhara. Un reino que estaba dotado de grandes riquezas y piedras valiosas. Tan igual de amarillo intenso era su cristal como el sol que alumbraba sus resplandecientes amaneceres. De gran estatura e impresionante fuerza presumían los sensibles pobladores lomharianos. Esta tierra divina limitaba por el occidente con el reino de los primogénitos noriahnos; y por el oriente con las tierras más penumbrosas de la creación.

Dullahan, el reino más árido de todos, el reino oriental, tan extensas eran estas tierras como tan grande era la ambición de poder de sus gobernantes. El potente brillo de su cristal rojo haría honor a tanta sangre que nadie imaginaría que sería derramada en defensa del honor. Los dioses dieron vida a los dullahanianos; estos orientales medían dos cabezas menos que los de su reino vecino y una cabeza menos que el resto de los habitantes del mundo. No obstante, gozaban de una inaudita rapidez en el movimiento de sus piernas. Además, se les daba muy bien el arte de forjar el hierro, metal que abundaba en esas tierras frías y secas.

La última creación de los dioses fueron las isleñas del sur. Amas del cristal azul. Todo parecía indicar que fueron creadas con el más sutil de los toques del universo; en el reino marino solo respiraban las mujeres, hijas de Anfítrite la diosa del mar, nombre que pertenece al cristal en honor a su madre creadora. Las isleñas nacían del

interior de una majestuosa concha oceánica. Podían respirar tanto dentro como fuera del agua. Eran valientes guerreras y sus días de vida no tenía fin.

Los primeros años, como todos los inicios, fueron tiempos de adaptación y conocimiento. Los dioses crearon a sus reyes y reinas quienes tenían como tarea prioritaria cuidar del cristal de sus casas. Existía una conexión celestial inquebrantable entre el núcleo que daba energía a los cristales y el linaje que los comandaba. Alejar el cristal de su amo solo debilitaría su poder, y con él, la ruina del reino.

Incontables fueron las guerras que asolaron el mundo recién nacido. La avaricia y la ambición de los reinos los llevaron a olvidar la solidaridad y el propósito original de su creación. Cada uno ansiaba obtener más recursos y poder para su propio beneficio, sin importar el sufrimiento que ello infligiera a otros. Mientras que algunos pueblos padecían hambre y miseria, el reino de Noriah florecía en la estabilidad y la prosperidad. La envidia y el resentimiento hacia esta tierra afortunada crecían día a día, ya que parecía ser el único reino al que no le faltaba nada.

Aunque la tentación de atacar el reino del oeste y apoderarse del cristal negro era inmensa, todos comprendían que tal acto sería en vano. Sabían que, al privar al Gran Waianés de su hogar, perdería su poder y se convertiría en una piedra inútil. La avaricia no podía prevalecer sobre la sabiduría de los dioses, y así, a pesar de las luchas y los conflictos, el cristal negro permanecía seguro, custodiado por el reino del oeste como el tesoro más preciado de su creación.

Tras la devastación causada por la brutal Guerra de la Cascada de Sangre, que sumió a Saboo en un oscuro abismo de muerte y desesperación, el mundo finalmente presenció un cese en las interminables batallas y penurias. Los líderes de todos los reinos fueron convocados al majestuoso Salón de Cristal, situado en la espléndida ciudad de Mesa de Paría, la joya de la corona de Noriah. Allí,

bajo el esplendoroso techo de cristal, en un día que resonaría por siempre en los anales de la historia, se llevó a cabo la firma del Tratado Real de Intercambio Comercial y Paz.

Este tratado, forjado con letras de oro en el antiguo lenguaje lomhariano, reposaba sobre un pergamino confeccionado con polvo mágico de cristal, una creación artesanal de los hábiles highlandeses, que lo convertía en un pacto inquebrantable, a la altura de las promesas hechas por los propios dioses. Aquellos que osaran desafiarlo, se sumirían en la más profunda desdicha.

En este solemne documento, los monarcas firmantes se comprometieron solemnemente a realizar un intercambio equitativo de los recursos naturales abundantes en sus reinos. Con este compromiso, se pretendía poner fin a la eterna lucha contra la escasez y la pobreza extrema, males que habían llevado a innumerables muertes y desgarradoras batallas.

Podría preguntarse por qué Noriah, con sus vastos recursos, accedería a tal tratado. La respuesta era simple pero sabia: aunque gozara de abundancia, no siempre le sobraban los recursos necesarios para atender todas las necesidades de su creciente población. Con este acuerdo, incluso el opulento reino del oeste se beneficiaría, ya que actuaría como un puente esencial para facilitar el comercio entre los reinos, gracias a su estratégica ubicación geográfica, promoviendo así la prosperidad compartida y la paz duradera en todo el continente.

Para evitar futuros enfrentamientos, los reyes y reinas de aquella gloriosa época, llevaron a cabo una de las cláusulas del Tratado Real: el plan de entierro del cristal negro. Se comprometieron a esconder el poderoso cristal, de tal manera, que nunca más fuera descubierto. El cristal no perdería su energía, ya que continuaba estando en tierras noriahnas bajo el mando de su rey; solo que nadie caería en la tentación de querer arrebatarlo.

A partir del solemne día se acordó que ese momento marcaría un antes y un después en el continente austral, por lo que se consideró este hecho como referencia cronológica para poner fecha a cualquier suceso posterior, d. T. (después del Tratado); o anterior, a. T. (anterior al Tratado).

Los años que siguieron se vistieron de una esplendorosa edad de oro. Los reinos prosperaron con abundancia y riqueza, como si los dioses hubieran sonreído finalmente a sus hijos. Los campos se extendían en toda su gloria, cubiertos de exuberantes cosechas, y las ciudades brillaban con un esplendor nunca antes visto. La paz y la prosperidad se convirtieron en las valiosas joyas de la corona de esta nueva era.

Sin embargo, incluso en medio de tanta abundancia, la sombra del oriente no se desvanecía por completo. Aunque varias generaciones habían pasado desde aquel fatídico día de la firma del tratado, el reino de Dullahan, situado en la oscura porción oriental, no podía evitar sentirse tentado por la inalcanzable fortuna de Noriah. En secreto, sus espías recorrían los rincones del oeste, observando y esperando, anhelando el día en que pudieran descubrir el paradero del codiciado cristal.

La curiosidad y la codicia eran como corrientes subterráneas que fluían silenciosamente, amenazando con alterar la tranquilidad aparente de esta era dorada. El destino de estos reinos, entrelazados por la historia y el comercio, seguía siendo incierto, y el misterio que rodeaba al Gran Waianés, el cristal negro, permanecía inquebrantable como un enigma sin resolver. ¿Qué secretos aguardaban en la vastedad de la Tierra de los Cinco Cristales? ¿Podrían los reinos mantener la paz y la prosperidad que habían disfrutado hasta ahora, o serían arrastrados por la marea de la codicia hacia un nuevo conflicto y adversidad? Solo el tiempo lo revelaría.

2

El tesoro ha sido hallado

Sobre las aguas del lago Mütsiia, en la Costa Oriental de Noriah, se encontraban dos noriahnos de mediana edad en un bote de remos tratando de pescar algún pez de esos bien gordos que solían nadar en las oscuras aguas dulces del lago. Estaba a punto de caer la tarde cuando de pronto algo muy brillante iluminó sus rostros.

—¡Vaya!... ¿Has visto eso? —dijo Ralph con los ojos exaltados como dos huevos fritos. Se acercó a la orilla del bote, provocando el tambaleo y alterando los nervios de Charlie.

—Ten cuidado Ralph —chilló Charlie, llevándose las manos a la cabeza para sostener el sombrero de paja que el viento amenazaba con quitarle—. Claro que lo he visto. Creo que hasta los monjes de los picos de Dullahan vieron semejante brillo.

La curiosidad se apoderó de Ralph, sin pensarlo dos veces, se deshizo de su desgastada túnica roja y se lanzó al agua. La luminosidad bajo la superficie del lago era tan intensa que no podía ser pasada por alto. ¿Qué podría estar causando tal maravilla? ¿Sería el pez gordo que todos habían buscado incansablemente? Sus pulmones se llenaron de aire y sus brazos se movieron con determinación bajo el agua mientras se acercaba al misterio que aguardaba en las profundidades.

Finalmente, emergió triunfante, sosteniendo en sus manos el tesoro más anhelado de todos los tiempos: el cristal negro. La joya relucía con una intensidad que parecía rivalizar con el mismo sol

en el cielo. Las emociones se entrelazaron en su rostro mientras contemplaba el brillante tesoro que tenía entre sus dedos. Era un descubrimiento que cambiaría el curso de sus vidas y que seguramente tendría un impacto en todo el continente.

¿Qué significaba la aparición de este cristal negro? ¿Cuál sería su influencia en el destino de los reinos? Las preguntas se amontonaban en sus mentes mientras contemplaban el fulgor misterioso de la piedra preciosa, y la incertidumbre se cernía sobre ellos como una sombra intrigante.

Los jóvenes noriahnos no sabían si saltar de la emoción o llorar del miedo que sentían, pues para nadie era un secreto que ese cristal había sido motivo de incontables muertes sangrientas.

Remaban y se detenían.

—¿Será que nos quedamos con el cristal y no le decimos a nadie? —susurró Charlie, como si alguien le iba a escuchar.

Remaban y se detenían... mientras el sol caía.

—¿Estás loco? —dijo Ralph, arrancándole el sombrero a Charlie y pegándole en la cabeza—. ¿Cómo-se-te-ocurre-tal-tontería?

Y así siguieron remando hasta llegar a la orilla.

Los costeros orientales del lago Mütsiyya eran muy escandalosos y alborotados; podías tener a don José justo frente a ti, pero te hablaba como si estuvieras en la otra orilla del lago. Nunca faltaban los golpes que te daban en el brazo o en la espalda mientras te echaban un cuento, y si no les prestabas atención, más fuerte era el golpe. Eso sí, sus palabras estaban llenas de alegría y buen humor. Así como ellos, eran todos los costeros. Iban de un lado al otro saludando a todo aquel que pasara cerca. Huir era lo mejor que podías hacer cuando, por alguna razón, estuvieran furiosos. Los gritos y malas palabras no cesaban tan fácilmente. Era mejor no asomar la nariz bajo esas circunstancias.

Se acercaba la hora final de la jornada de trabajo. Los pescadores y artesanos de la costa recogían la mercancía que tenían sobre las tablas de sus humildes puestos del mercado. Algunos alababan mirando al cielo por su próspero día, a la vez que otros resoplaban

por el cansancio o por la mala racha en sus ventas. Mientras tanto, los guardianes del pueblo noriaño se mantenían vigilantes, colaborando con el orden y seguridad de toda el área comercial. Los aguiluchos rojos del espía real de Dullahan y los gurriatos amarillos del espía real de Lomhara, quienes no portaban ninguna insignia que los delatara, merodeaban por las esquinas de ese pueblo costeño, pues había fuertes rumores de que el cristal negro yacía escondido en algún lugar de esa región.

Con la lengua afuera y con la respiración acelerada llegaron Ralph y Charlie al muelle del mercado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —cacareó Charlie, mientras amarraba el bote en el atraque con una cuerda vieja.

—¿Será que vamos a donde Edy? —preguntó Ralph, refiriéndose al Rey Edward.

—Creo que es lo correcto, pero guarda bien el tesoro no vaya a ser que...

Una sombra cubrió a los dos chicos acompañada de un carraspeo fuerte de garganta.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas? —gruñó uno de los aguiluchos rojos, inclinándose hacia el bote, con sospecha, mientras fruncía el morro.

—Nada —respondió Charlie al mismo tiempo en que se rasca la nariz con desespero—. Es que..., es que...

—Estábamos pescando y el viento soplaba muy fuerte —interrumpió Ralph—. Además, tuvimos un problema grave con uno de los remos. ¿Sabías que cuando hay mucho viento, las algas se pegan y se acumulan en la parte de abajo del bote? Es algo horrible. Uno rema y rema, y el bote nada que avanza. Hasta llegué a pensar que una de las hermosas morenas de Tres Islas estaba deteniendo la marcha solo para fastidiar. Sin embargo, pensé, «ellas son personas pacíficas, no creo que sean capaces de hacernos un mal», así que le dije a Charlie que uniéramos todas nuestras fuerzas para remar como unos grandes varones que somos. Pero como podrá ver solo somos dos chavales de catorce y quince años, ¿cómo íbamos a poder ir más de prisa? Además...

—Ay, cállate ya —interrumpió el gurriato amarillo con cara de confusión—. Tira para allá. ¡Vaya manera de enredar las palabras!

Ambos espías observaron con recelo cómo los chicos se alejaban en dirección al pueblo, manteniendo una distancia segura. Habían notado con agudeza que se acercaban los guardias reales de Noriah, lo que les hizo decidir que era prudente permitirles seguir su camino sin intervenir. Sin embargo, sus sospechas persistían como una sombra en la penumbra.

El aguilucho rojo, desde su posición en lo alto, había percibido el momento en que el chico de la túnica roja se inclinó y susurró algo al oído de uno de los guardianes del pueblo. El gesto furtivo del guardián habló por sí solo y confirmó las inquietudes de los espías. Algo de gran valor debían llevar consigo los jóvenes, algo que justificaba tanto interés y cuidado por parte de las autoridades noriahnas.

Sin dejar rastro visible, los astutos pájaros espías continuaron siguiendo a los jóvenes, manteniendo un perfil bajo y observando con cautela cada huella que dejaban los inocentes noriahnos. La incertidumbre se cernía sobre ellos como un oscuro presagio, y estaban decididos a descubrir el misterio que envolvía a los jóvenes y su valioso cargamento.

Los días de búsqueda habían llegado a su fin, y el cristal, objeto de deseo y temor, finalmente había sido hallado. A pesar de que habían transcurrido numerosos años desde la firma del tratado de paz, la curiosidad persistía y la pregunta de dónde se ocultaba el cristal negro siempre estaba en la mente de muchos.

La piedra preciosa más codiciada de todos los tiempos había sido guardada en un lugar seguro y bien protegido. Sin embargo, los líderes de esa era no habían previsto que, al igual que los seres vivos evolucionan, la tierra también experimenta cambios en su estructura geográfica y, en algunos casos, incluso oceánica. Si bien el cristal se hallaba en las profundas aguas del lago Mütsiyya, los cambios climáticos y geológicos que habían ocurrido a lo largo del tiempo comenzaron a revelar, poco a poco, el objeto más poderoso jamás creado.

El descubrimiento del cristal negro no solo despertó el interés y la codicia de aquellos que lo anhelaban, sino que también generó un profundo temor. La piedra poseía un poder inmenso, pero también encerraba un potencial destructivo que podía desatar una catástrofe de proporciones inimaginables. La preocupación y la incertidumbre se apoderaron de quienes se dieron cuenta de lo que esto podía significar para el mundo.

Ralph y Charlie llegaron finalmente a Mesa de Paria, la capital de Noriah, conocida en tiempos antiguos como Tierra de Gracia. Esta ciudad era un verdadero espectáculo, deslumbrante y majestuosa. Sus calles estaban perfectamente trazadas con baldosas de pizarra y cuarzo que relucían bajo el cálido sol. La ciudad estaba rodeada por imponentes ríos cuyas aguas alimentaban una exuberante y exquisita vegetación.

A lo lejos, al final del majestuoso Camino Real, se alzaban las deslumbrantes Torres Blancas. Este castillo era un monumento a la elegancia y la majestuosidad, una morada de reyes. Su arquitectura impecable y su grandeza se destacaban contra el cielo, haciendo que todos los visitantes se sintieran pequeños ante su esplendor.

Para los costeños, la seguridad se encontraba a tan solo unos pasos, resguardada detrás de las imponentes murallas del castillo que albergaba a los reyes de Noriah. Los espías reales, conscientes de que habían llegado a un punto muerto en su persecución, decidieron que era hora de enviar un mensaje a sus superiores para informar sobre el hallazgo del cristal.

De un silbido muy curioso se posó un apus sobre el brazo del espía rojo. Esta ave era la encargada de repartir la correspondencia a los reinos. Todos enviaban sus mensajes a través de un apus. Este pájaro oscuro tenía forma de medialuna, pues su cuerpo no pasaba de ocho pulgadas mientras que su envergadura alar casi llegaba a veinte pulgadas. Su cola no era larga, y su boca muy ancha con pico corto.

El diminuto pergamino enrollado decía:

El tesoro ha sido hallado. Ha llegado a las manos de su rey.

Los chicos de la colina y el perro

La partida de los padres de Alona se desplegó como un momento agrídulce, marcada por la tristeza de la separación, aunque no tan abrumadora. La familia Hamilton, nobles en el reino del oeste, se estaba trasladando a Saboo, en el sur de Noriah. Dejaban atrás su hermosa casa de dos pisos, que resplandecía en blanco im-poluto con ventanas de un azul celeste que emulaba el cielo sereno. Su extenso jardín, repleto de flores de todas las especies conocidas, aportaba una explosión de colores y fragancias que deleitaba los sentidos.

Esta residencia encantadora se alzaba majestuosamente en una colina, acariciada por la brisa fresca que descendía desde las alturas. La luz del sol se filtraba a través de las ramas de los árboles cercanos, creando un juego de sombras y destellos que pintaban el suelo de la casa con una luz dorada y cálida. Era un lugar donde la calma y la paz reinaban en todo su esplendor, un rincón en Noriah donde la belleza natural se unía a la armonía de las almas y el canto de los pájaros llenaba el aire de melodía.

A pesar de que contaban con sirvientes que atendían diferentes áreas de la majestuosa propiedad, el señor y la señora Hamilton, junto con Alona, su única hija, disfrutaban compartiendo las labores del hogar con aquellos que habían servido a la familia durante tantos años. En realidad, estos fieles inquilinos eran prácticamente considerados parte de la familia, y su vínculo trascendía la simple

relación entre señores y sirvientes. Vivir en aquel lugar era una experiencia que les había brindado años de inmenso placer y paz, un rincón de Noriah donde la belleza natural y el trabajo en equipo florecían en armonía.

—Vamos a ver mujer, no es para tanto... —dijo el señor Hamilton, tratando de despegar a su esposa del cuello de Pontia.

—Pontia me vio nacer —respondió la señora Hamilton con los ojos hinchados como un sapo y llenos de lágrimas—. Es más que una madre para mí.

—Pero, madre, ni por mí has llorado en toda tu vida —dijo Alona con asombro mientras ayudaba a su padre en la ardua tarea de poner fin al drama.

La madre de Alona se separó del cuello de la anciana de pelo plata secándose la nariz con un pañuelo que Pontia le había tejido.

—¡Qué voy a estar llorando por ti! —dijo con reproche la doblada y elegante señora, dando la espalda a su hija—. Tú no vienes porque no quieres —continuó—. Eres igual a tu padre, que quiere ir libre por la vida. A ver si terminas de darle el «sí» al pobre Hari que ya no haya que hacer. A falta de pan..., bueno es el pescado.

—Madre, ¿qué tiene que ver el pescado en todo esto? —expresó Alona, llevándose las manos a la frente. La señora Hamilton solía inventar refranes que no tenían ni pie ni cabeza—. Ya te he dicho innumerables veces que Hari es solo mi amigo.

Hari Milton, era hijo de Peter Milton y Rowena Hill. La casa Milton pertenecía a la nobleza noriahna, era una de las familias más adineradas, pues desde varias generaciones se dedicaban a la construcción y a las finanzas. La señora Hamilton no podía esperar mejor partido para su primogénita que el apuesto y encantador Hari Milton.

Cada cierto tiempo, los Hamilton marchaban hacia el sur, pues en plena selva de Saboo, tenían una casa muy cómoda, pero sin los lujos de aquella en las colinas. Estaba construida en piedra y bambú con asombrosas columnas de roble que daban altura a la selvática vivienda. El techo se apoyaba sobre una estructura hecha con madera y lajas de piedra pizarra muy fina, y sobre él se repo-

saba una red de paja delicadamente tratada y trenzada por mujeres indígenas nativas de la región. En la fachada trasera disfrutaban de una amplia terraza con una espectacular vista hacia gran parte de la exuberante tierra salvaje que podía apreciarse cómodamente desde la sencilla y tejida hamaca, puesto favorito de Tom Hamilton para leer y hacer una siesta. Los padres de Alona hacían labores sociales en una comunidad indígena que habitaba en las tierras del sur. Enseñaban a leer y a sembrar a los pobladores. Los wapem eran personas muy humildes, poco sabían de la vida en las grandes urbes, mucho menos eran conscientes de las modas ni nuevos artefactos, e incluso, aún, vestían con poca ropa. A veces las mujeres ni siquiera se cubrían el cuerpo entero, sin embargo, no sentían ninguna razón para sentirse avergonzados. Para ellos vestirse era casi un insulto a los dioses. Si nacían desnudos porque así lo querían los creadores, ¿por qué cubrirse?... para ellos no tenía sentido taparse.

Algunos de ellos tenían un carácter bravío y atroz, además de desconfiados; su actitud defensiva se debía al temor de que atacaran a sus mujeres y niños. Tiempo atrás, en aquellas antiguas guerras, los wapem sufrieron brutales ataques por parte del aguerrido ejército de Dullahan. Para ese entonces, al igual que ahora, los habitantes salvajes solo tenían la lanza como única arma para su defensa. El reino rojo aplastó casi por completo a los pobres y desprotegidos indígenas. Pontia era original de esa comunidad, su familia fue una de las tantas que emigraron hacia el norte de Noriah en busca de una vida mejor. Así fue como conoció a los Hamilton, y desde entonces ha vivido agradecida por la hospitalidad que los nobles le brindaron.

—Adiós, hija, cuídate mucho —dijo el señor Hamilton casi sin aliento mientras cargaba el equipaje de su mujer.

Al terminar de dar instrucciones a Pontia sobre los quehaceres de la casa, la madre de Alona hizo una fuerte inhalación y exhalación de aire, se giró, le cogió las manos a su hija y le dijo:

—Hazle caso a ese muchacho —refiriéndose a Hari—. Muero por tener nietos —Alona torció los ojos hacia arriba resoplándose

un mechón de pelo, y le dio un abrazo a su madre sin emitir frase alguna.

La joven de apariencia frágil, con tez tostada por el sol y cabello castaño, agitaba con firmeza su mano en una emotiva despedida a los Hamilton. Los vio descender por la colina, montados en sus caballos y acompañados por la pequeña carreta que llevaba su equipaje. Cada movimiento de su mano expresaba el cariño y la nostalgia que sentía por la partida de esta querida familia.

Al perderles de vista, Alona entró corriendo en su casa para ponerse un vestido más ligero, algo que le permitiera moverse con facilidad para ir a su encuentro con su amigo Hari y su primo Melcor. Saltaba de dos en dos los peldaños de la escalera que llegaba a la primera planta. Entró a su cuarto y se acercó al armario. Las palabras de la señora Hamilton retumbaban en la cabeza de Alona mientras buscaba, sin interés, la ropa que se iba a poner para salir. Ella misma no entendía porque no podía ver a Hari como el futuro padre de sus hijos, tenía todo lo que a una mujer podría interesar: era apuesto, muy caballeroso, valiente, inteligente; además, era de una buena posición social... ¿qué otra cosa podría pedir? Cogió uno de sus vestidos, lo tendió en la cama, y se quedó un rato mirándolo sin sentido, como si las costuras le iban a dar una respuesta a su inquietud. Soñaba despierta con que algún día llegara ese hombre que sería capaz de abrazarla por detrás y desabrocharle la cremallera del vestido mientras le besaba el cuello...

—¡Toc-toc-toc!

El sonido de la puerta logró despertar de su excitante fantasía a la niña de la casa.

—Menudo susto me has dado, Pontia —dijo pegando un brinco y con la cara enrojecida de vergüenza como si la criada le había leído el pensamiento.

—¿Qué hace mi niña? —dijo Pontia con voz consoladora, y con un acento propio del sur—. ¿Por qué tiene esa carita? Esa cara no *e* por la *despedida* de tus padres; yo te conozco muy bien. A *ve*, cuéntame...

Alona se sentó en su cama e invitó a su adorada nana a que la acompañara.

—A veces me pregunto, si es que nunca sentiré lo que es el amor. No sé si es porque mi madre me presiona. Creo que no nací para esto. Otras veces sueño despierta con la llegada de ese ser que iluminará mis días. Mi madre cree que no, pero yo también deseo casarme y tener una familia, y un perro.

—¡Ay, mi chiquita! —intervino Pontia, tomándole las manos—. Eres una muchacha increíble. Tiene patas arribas a *too* los chicos de las colinas y más allá. Los dioses te hicieron hermosa y con una cabecita muy inteligente, y con un corazón llenito e gentileza. ¡No cualquiera será el que esté a tu *lad*! —siguió aclarando—. Estoy segura de que muy pronto esa persona que tanto deseas estará por llegar —y de un sopetón se levantó de la cama, sonó las palmas y dijo—: Hala, ahora sal a jugar. Demuestra a esos chicos quién es la reina aquí —muy lejos no estaba Pontia de esa afirmación. Alona no tenía ni idea del brillante futuro que le esperaba.

Hari Milton se encontraba acostado sobre el césped descansando la cabeza sobre sus manos entrecruzadas, mirando el cielo despejado y rogando a los dioses que Melcor dejara de presumir sobre sus mejores tácticas para conquistar a las mujeres.

—Hombre, si tan galán eres... no entiendo cómo es que aún no te has casado... —dijo Hari con voz cansada—. Eres mayorcito que yo... Creo que ya deberías de enseriarte un poco, ¿no?

—Nooo, qué va. Todavía tengo tiempo de sobra para seguir conquistando doncellitas por ahí —presumió Melcor, sobándose su propio cuerpo dando a entender que aún tenía mucho que dar—. Además, pronto mi padre me dará un buen puesto en la corte del rey Edward; para algo servirá que mi padre sea la mano derecha del rey... —añadió—. ¿Te imaginas? Todos esos retoñitos preciosos haciendo fila para estar conmigo; y yo con mi cara de lord de la corte eligiendo: tú sí, tú no, tú sí, tú no...

Hari se puso de pie sacudiéndose el pasto de los pantalones, alargando el cuello y la mirada esperanzado en que pronto llegaría la mujer de sus sueños: Alona.

—Desde luego que tendrás que sacudirte a todas esas chicas a sombrero limpio —dijo Hari—. O quizás las invites a que formen parte de tu cuerpo de baile; porque supongo que ese es el puesto que te darán en la corte: maestro de baile... Ya que es lo único que sabes hacer bien.

«¡Madre mía! Menos mal que no es el rey de Noriah, porque nos llevaría a la ruina», pensó Hari con preocupación.

Melcor, haciendo caso omiso del comentario, parecía sumido en sus pensamientos. El primo de Alona había sufrido una pérdida temprana y desgarradora cuando su madre lo abandonó en este mundo a la edad tierna de cinco años. Sus recuerdos de ella eran fragmentados, como piezas de un rompecabezas que nunca pudo armar por completo. Lo que más recordaba era la alegría radiante de su madre mientras danzaba con su padre durante los festivos días de celebración. La tía de Alona, una mujer risueña y llena de vida, había sido la luz que iluminó lo que alguna vez fue un hogar dichoso. Pero una enfermedad implacable había arrojado una sombra mortal sobre ese rincón de felicidad y había apagado la música para siempre.

El padre de Melcor, Albert, nunca pudo encontrar consuelo después de perder a su esposa. Se sumió en el trabajo, dedicando sus días a servir en la corte del rey. Su esfuerzo y compromiso no pasaron desapercibidos, y finalmente, fue honrado con el título de mano derecha del rey. Aunque sus logros eran admirables, la ausencia constante de Albert en el hogar atormentó a Melcor durante muchos años, y el joven se vio forzado a crecer en un ambiente de soledad y melancolía.

En su búsqueda de consuelo, Melcor se refugiaba en las visitas diarias a la casa de su prima Alona, donde encontraba la compañía y la alegría que tanto anhelaba. Pero fue en una fría y gris mañana, en medio del silencio inquietante que a veces envolvía su propio hogar, que Melcor descubrió una forma de hallar paz. Se paraba frente al espejo en el cuarto de sus padres y, como si estuviera poseído por los recuerdos de su madre, comenzaba a danzar. En esos

momentos, podía sentir que ella aún estaba presente, y el dolor de su pérdida se desvanecía momentáneamente.

A medida que Melcor crecía, su búsqueda de consuelo lo llevaba a involucrarse con las chicas de su edad, pero con el tiempo se volvía apasionado y posesivo, lo que hacía que todas ellas se alejaran de él. Su encanto innato era eclipsado por una intensidad que a menudo resultaba aterradora para quienes se acercaban demasiado. Era un joven en busca de algo que llenara el vacío en su corazón, algo que lo liberara de las cadenas de la soledad y la melancolía que habían moldeado su vida desde temprana edad.

Melcor se acercó a Hari y le dio un fuerte abrazo.

—Primo —dijo el presumido, apartando a Hari de su pecho extendiendo sus brazos y mirándolo fijamente a los ojos—, porque para mí eres de la familia. Tú lo que tienes que hacer con Alona es enseñarle quien manda aquí —opinó Melcor, sin desviar la mirada de Hari—. Ella solo es una niña mimada por mis tíos —se separó del enamorado y siguió su discurso—. Está acostumbrada a hacer lo que se le venga en ganas. Le hace falta un poco de mano dura. Y tú... —continuó— eres demasiado complaciente con ella.

»Mi prima sabe que te tiene ahí: comiendo de sus manos —dijo mientras se frotaba las suyas—. Yo la conozco, a ella le gusta lo difícil, se aburre con lo que está a su alcance. Si sigues haciendo todo a su merced nunca será para ti; al menos como tú lo deseas, claro —Hari se encontraba pensativo al mismo tiempo que fruncía sus labios preguntándose: «¿Será que Melcor tiene razón?». Erigió su espalda, colocó un pie sobre una roca y dijo con voz de mando: «Tienes razón, Melcor, le enseñaré a Alona quién manda aquí».

—¡Ejem! Disculpa la interrupción —dijo Alona bajándose del caballo y sacudiéndose el polvo de su vestidura—. ¿A quién es que le vas a enseñar quien manda qué?

En cuestión de chascar los dedos, a Hari se le palideció el rostro, tragó grueso y el pecho se le infló aguantando el aire del terror que le tenía a Alona; más que terror era un profundo respeto. En su vida entera, nunca pensaría en ofender a su enamorada, y

mucho menos tener frente a ella una actitud déspota ni arrogante. La complicidad que unía a Hari y Alona era inquebrantable, como si al nacer hubieran hecho un pacto eterno de protegerse y quererse uno al otro; un pacto que nada ni nadie jamás lograría desvanecer. Es cierto que, al delgado chico, de pelo castaño y cara de niño, le brillaban los ojos cada vez que la mimada chica de las colinas hacía presencia. También es verdad que Hari estaba consciente de que Alona solo lo miraba como al hermano que nunca tuvo. Sin embargo, no perdía la fe de que algún día lo deseara como el protagonista que le bajaría la cremallera de su vestido.

—A nadie —cacareó Hari, dirigiendo la mirada hacia Melcor como tratando de enviarle una señal de que no dijera nada de lo que estaban hablando—. Sabes bien como es Melcor que se cree el rey y señor de todos los reinos —Melcor torció los ojos hacia arriba y pensó: «Este no tiene remedio».

—A ver, prima, ¿has traído lo que acordamos? —dijo Melcor acercándose a Alona con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro.

—¡Claro! Pero primero... ¿has averiguado lo que te pedí?

Hari miró con extrañeza a estos dos. Algo estaban tramando. ¿Cómo era posible que Hari no supiera de qué se trataba? ¿No se suponía que era el mejor amigo de Alona?

Alona cogió su bolsa, que estaba colgada del asiento de su corcel que iba desgastada por el roce de los brincos del animal, y sacó una botella de licor de caña de azúcar que había cogido a hurtadillas de la bodega que tenía su padre en la casa de la colina.

—Aquí... ¡Uy! Casi lo arruino... —dijo Alona, al desenvolver lo prometido y atajar en el aire una botella de vidrio—. Aquí está lo que me pediste —continuó—. Me ha costado un poco conseguirla. Tenía a Pontia pegada de mí para arriba y para abajo. Yo creo que sospechaba que algo raro traía entre manos.

Hari no entendía nada. Mientras la chica se acercaba a su primo, el confundido perseguía con su mirada a la recién llegada para ver si captaba algo de lo que estaba sucediendo.

—Si llegas a decir algo de esto a alguien, todo el mundo se enterará que hasta los diez años te hacías pis en la cama —dijo Alona, con voz amenazadora—. ¡Ah! Y que te metías los dedos en la nariz y luego te lo llevabas a la boca.

—¡Puaj, qué asco! —expresó Hari al escuchar aquello.

El viento empezó batirse provocando un concierto entre el sonido de las hojas de los árboles que arropaban con su sombra al trío y el cantar desafinado de los pájaros que volaban desorbitados entre la corriente de aire templado.

—Vaya, vaya... ¿y qué celebramos? —la incertidumbre hacía estragos—. Y tú —dirigiéndose a Alona—, ¿no se supone que eres mi mejor amiga?, ¿cuál es el misterio? La botellita... ¿a cambio de qué?

Hari estaba claro de que Alona no tenía ojos de amor para él, pero no podía evitar sentir celos cuando en el ambiente se respiraba un ápice de misterio. Sentía que algo le ocultaban. El noriahno llevaba auestas aquello que nos paraliza a muchos: el miedo. Sentía pánico de que pronto llegara alguien a la vida de Alona que pudiera ganar su corazón. Eso sería el fin de su ilusión, una ilusión que llevaba viviendo desde que eran niños.

Hari tenía muy fresco el día que conoció a Alona. Era una tarde húmeda con el cielo encapotado de nubes grises que estaban a punto de explotar en lluvia, y él estaba sentado sobre un peñasco, llorando desconsolado por la reciente muerte de su abuelo. El llanto lo hacía sordo del ruido provocado por las ramas de los afilados pinos que danzaban de un lado a otro al son de viento, y de las huecas y ásperas piñas que hacían crac al caer sobre una alfombra hecha de las acículas de los pinos, sonido que se fue disipando a medida que se iban acercando dos niños que estaban peleando con unas espadas hechas de madera. Alona tiró al suelo a su primo Melcor; lo tenía casi vencido con la espada a punto de ser clavada en su cuello. Hari se puso en pie de un brinco, se secó las lágrimas con la manga de su camión, y tosió. La inesperada interrupción desconcentró por completo a la —casi— triunfadora de la batalla.

Alona volteó e hizo una larga mirada frunciendo su cara, tratando de adivinar quién era... Curiosidad que causó su derrota, dándole pie a Melcor para esquivar el arma puntiaguda, y, de una barrida a los pies de su prima, la derribó. Alona cayó de largo a largo sobre el césped sobando su cabeza cuando Hari se acercó y tendió su mano para levantarla. Ahí quedó hechizado para siempre. Bueno, creía él que el encanto sería eterno.

—A cambio de nada, hombre —interrumpió Melcor, casi arrancándole la botella a su prima—. Bueno..., a nada que sea de tu incumbencia —y con voz retorcida le musitó—: Mucho caso que haces...

Melcor retiró el tapón de la botella y tomó un largo trago sin la menor elegancia. El licor se derramó por sus labios y llegó a chorrear por su barbilla, creando una imagen de cierta descortesía que no pasó desapercibida para Alona que, al observarlo, no pudo evitar sentir un ligero escalofrío de repugnancia. Pensó para sí misma: «¿De quién habrá heredado este hábito tan poco refinado? No conozco a nadie en la familia que actúe con tanta falta de elegancia». Mientras tanto, Hari no podía apartar de su mente la pregunta sobre qué podría haber descubierto Melcor que parecía tener un interés tan profundo para Alona. Sus ojos se mantenían fijos en su prima, buscando pistas en su expresión o en sus gestos que pudieran revelar la respuesta a ese enigma.

—Por los buenos tiempos que vendrán en la corte —brindó Melcor, alzando la botella.

—¿A qué tiempos te refieres? —dijo Alona, con una ligera sospecha.

—A que pronto formaré parte de la corte, ¿haciendo qué?, no lo tengo muy claro, pero quien quita que algún día tenga una buena posición ahí.

—Ja, ja, ja —soltó una carcajada Alona—. ¡No puedes estar hablando en serio! Tú, ¿en la corte? Pero, ¿quieres que Noriah caiga en ruinas?

—No tienes idea de mis capacidades, Alonita.

—Desde luego que no las sé —aclaró Alona, sobándose la panza de la risa.

Aunque las palabras de Alona podrían llevar a pensar que no sentía ningún afecto por su primo, la realidad era diferente. Habían crecido prácticamente juntos, y en el fondo, ella le tenía un cariño profundo. Desde temprana edad, Alona lo cuidó como si fuera su hermano menor, a pesar de que Melcor tenía unos años más que ella. La ausencia de sus padres marcó profundamente a Melcor, y fue en la casa de los Hamilton donde encontró consuelo. En esas noches en las que el chico lloraba en silencio, era Alona quien se acercaba a su lado y lo abrazaba hasta que finalmente se quedaba dormido, brindándole el consuelo que tanto necesitaba. Con el paso de los años, Melcor experimentó una transformación que lo convirtió en un individuo desagradable y arrogante. Alona siempre intuyó que la actitud de su primo era una forma de autodefensa, pero se preguntaba constantemente de qué se estaba protegiendo. Era un joven notablemente solitario. Mientras su padre, el señor Hamilton, compartía momentos jugando y enseñando a su hija a atrapar ranas en el jardín de la casa en la colina, Melcor se refugiaba en su propia soledad, pasando horas bailando solo frente al espejo en su desolado hogar. No tenía una madre que lo consolara ni un padre con quien compartir las lecciones de vida. La falta de esa calidez familiar lo marcó profundamente.

Caminando entre unos arbustos se aproximaba algo que tenía un singular movimiento. Un perro de pelaje marrón se acercaba con un ritmo alegre, meneando su larga y peluda cola de un lado a otro. Pero espera... llevaba algo en su boca. Era un ave, algo parecido a un pato; quizás era un pato, pero ya había perdido su forma.

—Toby —gritó Hari—. ¿Qué traes en el morro?

Toby era la mascota de los tres; aunque prácticamente era de Hari, pues era quien más se había encariñado con el animal.

En una tarde abrasadora del pasado verano, cuando el sol pintaba el cielo de azul intenso y el calor se adueñaba de la tierra, los

jóvenes se regocijaban en las refrescantes aguas del lago que se extendía majestuosamente en el corazón del parque de la colina. El agua, cristalina y serena, abrazaba sus cuerpos mientras risas y charlas llenaban el aire.

De repente, un gemido suave pero desesperado rompió la armonía del lugar. Los tres amigos, sorprendidos, se miraron entre sí, tratando de descubrir la fuente de aquel lamento misterioso que les enviaba escalofríos por la espalda. Hari, sin pensarlo dos veces, emergió del agua, sus cabellos oscuros goteando, y sus pies desnudos dejando huellas húmedas en la orilla. Con cautela, comenzó a explorar los matorrales que bordeaban el lago, tratando de identificar el origen del persistente y angustioso sonido. Cada paso a través de la vegetación espesa llenó el aire de anticipación, mientras la naturaleza que los rodeaba parecía contener el aliento en complicidad con el misterio que se estaba revelando.

—¿Has encontrado algo? —gritó Alona.

El chico caminaba encorvado dando pasos largos y lentos sobre el sendero rocoso y árido, tratando de no clavarse una piedrecilla en el pie y de hacer el menor ruido posible, hasta que tropezó con quien sería su más fiel y mejor amigo: Toby. Era lo más tierno que jamás habían visto sus ojos. El cachorro casi no se movía, debía tener pocos días de nacido. Hari lo arrulló entre sus brazos y lo pegó en su pecho para darle calor.

—Mirad este chicuelo... Esto era lo que lloraba —dijo Hari, con cara de orgulloso padre de su nuevo crío.

Con habilidad y paciencia, Hari logró arrebatarse el pato del hocico a Toby, quien miraba a su amigo humano con ojos brillantes y leales. Con una sonrisa, acarició la cabeza del sabueso y le agradeció en silencio por su lealtad y protección constante.

Toby, el fiel compañero del grupo, había demostrado una y otra vez su valía. Protegía a todos, incluso a Melcor, quien no compartía un vínculo tan cercano con el perro como los demás. No era temor

lo que Melcor sentía hacia Toby, sino más bien una precaución instintiva, aunque el sabueso demostraba ser una mascota simpática y alegre, incapaz de infligir daño a alguien sin una razón aparente. A pesar de sus diferencias, Toby formaba parte integral de su círculo y añadía una capa adicional de seguridad y compañía a sus aventuras en la colina.

—Lo voy a preguntar de una vez por todas —bramó Hari, levantándose del suelo como un rayo, y mirando fijamente a Alona.

—Ahí va... —susurró la chica retorciendo la mirada al cielo; ella sabía perfectamente que Hari no se iba a quedar con aquella duda. Solo estaba esperando el lanzamiento.

—¿Cuál fue el trueque de la botellita? —dijo.

—¿Y tú, vas a seguir con eso? —resopló Melcor, mientras se bebía el último sorbo de la botella.

Melcor se levantó del suelo, sacudiéndose la túnica llena de paja seca y tierra, y balanceándose por el efecto del alcohol dijo:

—Tu querida chiquilla está interesada en conocer al soltero más codiciado de todo el continente...

—¡Chist! Cállate, tonto —intervino Alona.

—¿Quién es ese? —reclamó Hari, con la cara palidecida.

—Nada más y nada menos que su alteza Liam, rey de Lomhara —añadió Melcor—. Pero no tengas miedo amigo mío, eso es un capricho más de mi adorada primita ¡HIP!

Liam, el rey de Lomhara, se destacaba como el gobernante más atractivo de todos los reinos conocidos. Poseía un cuerpo imponente, robusto y atlético, con una barbilla firme que resaltaba su porte regio, y su cabello rubio caía en ondas doradas que añadían un aura de encanto inigualable. Su presencia era suficiente para cautivar a todas las damas del continente, y Alona no era una excepción. La joven de la colina sentía una creciente curiosidad por conocer al aclamado rey.

Convencida de que su primo Melcor, quien tenía acceso al rey gracias a su tío Albert, la mano derecha del rey Edward, podría proporcionarle más detalles sobre el apuesto monarca, Alona no

pudo resistirse a solicitarle información. Con la esperanza de obtener más noticias sobre este enigmático gobernante, Alona instó a Melcor a indagar sobre el rey y su intrigante reino.

Alona lanzó una mirada cargada de desprecio hacia su primo, consciente de que sus palabras lastimarían a Hari profundamente. Sin embargo, Hari respiró hondo y reprimió cualquier impulso de responder, recordando que, después de todo, Alona era simplemente su amiga. A pesar del comentario, en lo más profundo de su ser, Hari albergaba la esperanza de que Melcor estuviera en lo cierto; tal vez esto no fuera más que otro de los caprichos de Alona. Cambió de tema abruptamente...

—He escuchado fuertes rumores de que el cristal negro ha sido hallado —dijo Hari.

—¿En serio? —intervino Melcor, acercándose con un largo salto casi chocando su frente contra la cabeza de Hari—. ¿Dónde has escuchado eso?

Alona se mostró indiferente y torció los ojos escuchando aquello al mismo tiempo que acariciaba a Toby.

—Por todos los dioses, no vais a empezar de nuevo con eso del descubrimiento del cristal —dijo la chica levantándose del suelo y secándose la saliva de Toby de la cara—. Pareciera que cada vez que queremos evadir un tema recurrimos al asunto del cristal, ¿no es así, Hari?

Melcor estaba decidido a desentrañar el misterio que envolvía al preciado cristal negro, y su obsesión por conocer su paradero no conocía límites. Innumerables leyendas y cuentos circulaban por Noriah acerca de la desaparición de esta invaluable joya, y ningún habitante desconocía su inmenso valor en el reino. Se decía que aquel que lograra encontrar el cristal negro sería recompensado generosamente por los reyes, aunque estos relatos solo parecían ser parte de la rica tradición de mitos que rodeaban al cristal.

A lo largo de las sucesivas generaciones de reyes que habían ocupado el trono de Noriah, la verdad sobre el cristal nunca se

había perdido. Había sido ocultado sabiamente para poner fin a las interminables guerras que habían asolado el continente, pero el paso del tiempo había dado lugar a la creación de innumerables historias sobre su misteriosa desaparición. Melcor, el ambicioso primo de Alona, anhelaba con fervor un lugar en la corte real. Aunque carecía de habilidades o destrezas notables que pudieran ser de utilidad en ese selecto círculo, el simple pensamiento de formar parte de la corte lo hacía sentirse poderoso y con grandes expectativas. Cada vez que se encontraba con su padre Albert, no perdía la oportunidad de insistir en que le consiguiera un puesto en la corte, sin importarle su falta de méritos reales. Su anhelo era más que evidente.

Melcor observó a los dos chicos de arriba abajo antes de hablar.

—Quedaos aquí discutiendo —les dijo con un tono de voz decidido—. Yo me voy de inmediato a Mesa de Paria. No tengo ningún deseo de asistir a la insípida fiesta de cumpleaños del mocoso príncipe, pero necesito asegurarme de que el cristal realmente ha aparecido —añadió mientras daba un giro a la botella vacía en el suelo. La punta se detuvo apuntando hacia la ciudad real.

Luego, Melcor se volvió hacia Toby, el fiel sabueso que siempre los acompañaba.

—Tú no vienes, ¡sal de aquí! —le ordenó, señalando hacia la salida. Toby, con una expresión leal en sus ojos, obedeció y se retiró del lugar sin rechistar.

